

JOAQUÍN SABINA. CONCIERTO PRIVADO

Por Rocío Rodríguez Ferrer

Pontificia Universidad Católica de Chile

Aun con el riesgo de adentrarnos en el juego de lo absoluto, nos atrevemos a afirmar que las monografías literarias suelen reducirse a dos tipos: las que resultan atractivas por el tema tratado y aquellas que seducen por ofrecernos la singular mirada de un no menos singular crítico. Pero en ciertas dichosas ocasiones nos encontramos con estudios en que objeto e investigador se nos presentan en igualdad de condiciones en lo que respecta al interés que son capaces de suscitar. Combinación que, por sí sola, motiva ya la lectura de un texto. Es este el caso del libro *Joaquín Sabina. Concierto privado*, de Emilio de Miguel Martínez, catedrático de literatura de la Universidad de Salamanca. Formulada como un hipotético concierto, privado y virtual, la obra pretende ser un acercamiento a la producción de uno de los cantautores más populares de la escena musical española de nuestros tiempos. Se trata del análisis de un cancionero individual, efectuado sobre la base de la letra de las canciones más representativas de temas y estilos sabinianos. Todo ello con el fin, como señala el autor del estudio, de demostrar que estamos ante versos que merecen ser reconocidos como integrantes del acervo más prestigioso de la lírica española contemporánea. Ahora bien, y por no olvidarnos de lo primeramente dicho, si hemos de otorgar méritos no es solo a Joaquín Sabina a quien debemos condecorar. En este *concierto privado* reconocemos a un enamorado de la literatura que es capaz de rastrearla donde los más dogmáticos académicos no osarían –ni imaginarían– adentrarse. Emilio de Miguel descubre la poesía allí donde se halla, sin



**JOAQUÍN SABINA.
CONCIERTO PRIVADO**
Emilio de Miguel Martínez
Madrid: Visor Libros, 2008
222 p.

prejuicios acerca del recipiente que la cobija. Y la encuentra en composiciones musicales. Con ello, nos cursa una invitación a recuperar la capacidad de asombro, olvidándonos por un momento de lo literario-canónico, lo literario-convencional y dirigiendo nuestra mirada hacia lo literario-cotidiano, como puede ser la naturaleza poética del género canción.

Sin perder de vista que el punto de partida y de llegada en este concierto es la literatura, y consciente de no estar estudiando, a los ojos de muchos, una poesía acorde a la preceptiva tradicional –aunque, como él mismo dirá, un rápido repaso a la historia de la literatura desestimaría dicha aprehensión–, el autor, en ese “Camino del concierto” que actúa a modo de prólogo, principia por justificar su interés analítico. Tendrá lugar entonces la constatación de que la letra de una canción de gusto popular y masivo también puede llegar a ser un objeto de reflexión para el especialista en literatura. Y esto no solo por participar de la historia de los afectos o por incluirse en las prácticas cotidianas o por integrar la formación cultural más próxima. O porque, como dice Quequé, el telonero de este concierto –personaje televisivo español, cultivador de un humorismo de corte intelectual–, hay quienes han ido creando un verdadera biblioteca sabiniana que nunca los abandona: “tengo la cabeza llena de versos de Sabina, que

se me aparecen a medida que los acontecimientos me sacuden, aunque no parezcan guardar relación alguna entre sí” (17). El constituir parcela importante de la vida y de la experiencia validaría ya, creemos, una investigación de esta naturaleza. Pero será definitivamente el valor estético de estas letras cancioneriles, que revela una construcción más compleja de cuanto sugieren las composiciones usuales de música ligera, el que justifique un estudio de ellas. Con análisis tan notables como el de *Una canción para la Magdalena* o el sobre *De purísima y oro*, Emilio de Miguel irá descubriéndonos las virtudes literarias de Joaquín Sabina: la riqueza léxica y conceptual, los eficaces y deslumbrantes símiles tomados del entorno vital, las sorprendentes acuñaciones verbales, los aciertos expresivos que rozan lo paradójico, la maestría en el empleo de una técnica acumulativa, etc.

Sin ánimo de adentrarnos en ciertas polémicas literarias, pero para disfrute de aquellos que sí las anhelan, puede señalarse que esta monografía, quiéralo o no, roza la problemática del cuestionamiento acerca del canon. Y, con ello, la discusión acerca de la multitud de textos a los que la crítica ha ignorado. ¿Es que De Miguel está postulando una semiótica textual, con un campo más amplio de trabajo, en el que tiene cabida todo el espectro de la cultura? ¿O se trata simplemente de una exhortación a no partir –ni participar– de divisiones *a priori*

en el arte? Creo que la respuesta nos la da el propio académico y curiosamente mediante una pregunta: "¿Quién tiene derecho y autoridad –estética, entiéndase– para prohibir o desaconsejar la atención profesional a unos u otros productos literarios con el argumento de su valía y, sobre todo, con la garantía de que serán valores sólidos con el discurrir del tiempo?"(15). Y para brindar una evidencia tomada de la misma tradición literaria, desliza, acto seguido, una reflexión en torno a la particular relación entre *moaxajas* y *jarchas*. Con esta toma de posición –y por satisfacer a los amantes de las etiquetas– podría llegar a decirse que *Joaquín Sabina. Concierto privado* se enmarca en el ámbito de los Estudios Culturales. Incluso podría no faltar quien leyera este análisis dentro del contexto de crisis y reposicionamiento de los estudios literarios registrados en los últimos tiempos, con esa ya manida apertura hacia ese Otro –siempre mayúsculo– tan característica de las visiones del posmodernismo. Pero tal vez sea traicionar el propósito del autor, quien simplemente se hace eco de las palabras de García Márquez al referirse a estudios de Alfonso Reyes sobre las canciones de Agustín Lara: "Para mí fue como encontrar la poesía disuelta en una copa de vida diaria". Para qué, entonces, recurrir a jergas intelectuales que hablan de búsquedas de legitimaciones en el campo cultural. Por lo demás, llamar la atención sobre lo que normalmente es pasado por alto

no es bandera de lucha exclusiva de los Estudios Culturales, sino el gesto de apertura de aquellos filólogos atentos y sensibles a la diversidad de experiencias estéticas.

Joaquín Sabina. Concierto privado es un indiscutible homenaje al cantautor español. Pero homenaje que no ha de entenderse como lisonja gratuita. Las críticas negativas también se hacen presentes y llevan a De Miguel a señalar, por ejemplo, aquellos aspectos de las letras que revelan al compositor voluntarioso. Todo formulado con el respeto y admiración de un crítico que, como diría (Pseudo) Longino, perdona las caídas del genio por la sublimidad de sus aciertos. Y es esta misma actitud celebradora la que explica el guiño sabiniano reconocible en diferentes (sub)títulos del estudio, como ese "Mucha, mucha (auto)biografía" –que juega con el "muchacha, mucha policía" de *Pacto entre caballeros*– o "Ni libre ni ocupado" –extraído de *Contigo*–. Y aún hay más en lo que a complicidad se refiere: investigador e investigado enarbolan afín ironía, utilizada en sus más diversas posibilidades expresivas, lo que da cuenta de un compartir el don de la agudeza, de la perspicacia. Y no es de mimetización de lo que se está hablando, sino, simplemente, de inteligencias creativas similares.

Líneas antes se mencionaba la admiración como una de las notas características de este ejercicio crítico. Inspiración y entusiasmo

rezuman por las páginas escritas por Emilio de Miguel, quien es fiel a su propósito de no llevar a cabo esas "artes de frío analista de gabinete". En sus propias palabras: "la idea de este libro vino fraguándose tanto a raíz de la asistencia a alguno de los conciertos de Joaquín Sabina como en la repetida audición de sus canciones. No surgió, desde luego, de la lectura solitaria, de la ponderación y análisis de sus letras, consumidas como puro producto literario..." (11). De Miguel se sitúa en las antípodas del antihedonismo programático, al analizar e interpretar las letras sabinianas con un entusiasmo contagioso. Como se desprende de lo dicho, estamos ante un filólogo que forma parte de la estirpe borgeana de lectores hedonistas, que ve en la labor crítica el modo de explicar las claves del placer que supone el enfrentamiento con textos literarios de calidad. Pero que el hedonismo del degustador y comentarista del arte de Sabina no conduzca a nadie al error de creer que estamos ante un mero ejercicio de subjetividad. Es cierto que aquí la crítica enseña (casi) tanto sobre aquel que critica como sobre el objeto de la crítica, pero no es esta una exhibición de impresionismo. El catedrático de la Universidad de Salamanca ofrece en todo momento un ejemplo de cómo es posible brindar una reflexión rigurosa sobre lo poético, sin por ello convertirse en ese frío "filólogo de gabinete", tal como quedará demostrado, por ejem-

plo, al referirse al manejo de la metáfora en Sabina, según las variadas posibilidades sistematizadas por la preceptiva poética. De Miguel, en definitiva, derriba el muro que no pocos académicos han levantado entre la seriedad del investigador y el placer del lector.

En el proceso de comprensión y valoración estética del discurso poético cancioneril sabiniano, la lucidez y la amenidad logradas por el académico español originan un texto sugestivo y accesible para lectores no necesariamente especialistas en la materia. Para un versado en la disciplina literaria es, asimismo, un ejemplo de acertada crítica, una verdadera lección, entre otras razones, porque, como señala el autor, procurará "...bosquejar este análisis en el lenguaje más común, es decir, con total alejamiento de la jerga erudita: ni el ambiente del concierto aconseja otro tono ni resulta superior la calidad de los estudios literarios porque jueguen a ser cifrados los términos en que los desenvolvemos" (159). Es cierto que asistimos a un concierto y no a una exposición hecha desde una cátedra y que, por lo mismo, ha de imponerse el lenguaje de la disertación deleitable. Sin embargo, tras ese enarbolar el principio del decoro se descubre el gesto del académico que se atreve a formular sus reparos a la labor de cierta crítica literaria. Y así, sin presunción ni grandilocuencia, pero sí con mucho, mucho pensamiento, la monografía de

Emilio de Miguel se dirige a todos quienes compartan una pasión sostenida por la poesía vertida en las más diferentes vasijas. Y si hemos de continuar señalando los méritos de este estudio, habremos de mencionar el espíritu libre de quien no teme vincular a Sabina con Espronceda, Lorca y Miguel Hernández o con autores más lejanos en el tiempo, como Lope de Vega y los poetas medievales. Pero ni se trata de un modo de disfrazar el alarde intelectual ni tampoco de un razonamiento aquejado de la fiebre de las influencias. Es tan solo la lectura de quien no concibe la literatura aisladamente, sino que la comprende como un todo vivo, que permite la proximidad de diferentes discursos artísticos y que se resiste a cualquier rígida delimitación intelectual. Y siguiendo el juego aquel de juntos asistir a un concierto privado y virtual de Joaquín Sabina, concedámosle por mérito propio el rótulo de intérprete –de especialista en interpretación– de este particular cancionero. Con ese juego ficcional que nos invita a participar de ese proceso en que creación y ejecución discurren de la mano, De Miguel muestra el derrotero mismo de su pensar. Ese rasgo dialogal de todo ensayo, pero llevado al extremo de hacernos cómplices de este espectáculo literario-musical, nos hace sus espectadores y confidentes. Nos convence de estar asistiendo a una función de música colmada de poesía y hasta creemos oír la particular voz de Sabina. Y por seguir enumerando aciertos del

estudio, viene a cuento indicar esa clara voluntad de estilo en la que el conceptismo es evidente seña de identidad. Una voluntad de estilo que deviene en un lenguaje que prende al receptor y cautiva su oído y su intelecto, gratificación que solo provoca lo bien escrito. Pensamiento agudo ingeniosamente expresado, como diría Gracián: eso hallamos en las páginas de este concierto. Agudeza de concepto y agudeza verbal apreciables en frases que encierran más ideas que palabras y que se presentan desnudas de todo cliché. Solo a modo de ejemplo, las singulares concepciones vertidas sobre el fenómeno literario, como aquella en la que hace notar que "...las convenciones literarias no tienen patria o, más exactamente, constituyen ellas mismas una patria común y sin fronteras" (83). También sobre amor, política y religión se pronunciará De Miguel.

En definitiva, *Joaquín Sabina. Concierto privado* es prueba irrefutable de que el análisis literario no ha de por qué convertirse en un frío ejercicio de disección que acabe con el placer del texto; antes bien, este se ve incrementado al constatar que tras la lectura de este iluminador estudio, probablemente contemos con más argumentos para explicar la razón del goce experimentado en la recepción de las letras sabinianas. La monografía de Emilio de Miguel es el ejercicio de un filólogo perceptivo que comparte con nosotros su encuentro directo

con peculiares textos poéticos que parecen ofrecer su misterio solo a quien se acerca a ellos sin prejuicios. Y quizás las propias palabras del crítico, aplicadas al Sabina compositor de *Barbi superestar*, valen, por extensión, para referir la causa de sus logros: "Es una historia contada con suficiente proximidad como para implicarse emocionalmente en su desarrollo y con bastante distanciamiento como para

poder dar un diagnóstico acertado y frío" (45). Que entonces experimentemos un auténtico placer estético-intelectual al adentrarnos en esta monografía; que la degustación de la obra de Sabina se vea enriquecida; que sintamos que estamos ante la validación estética del gusto popular; que finalicemos este concierto tarareando a Sabina y a su intérprete... nada de ello ha de extrañarnos.